

# **EVOCACIONES**

ESTUDIOS SOCIALES 46 [primer semestre 2014]



## AL HISTORIADOR AFANOSO DE PERFECCIÓN Y REBELDE DE MEDIOCRIDAD<sup>1</sup>

CÉSAR TCACH

Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

Si me pusiese imaginariamente en el lugar de un historiador que tuviese como tarea analizar el acto que en este preciso momento estamos protagonizando, diría que este homenaje a Darío Macor en el acto de apertura de las Interescuelas 2013 tiene cuatro grandes razones que lo fundamentan.

La primera: Darío fue el fundador en 1991, de *Estudios Sociales*, una de las revistas de Historia y Ciencias Sociales más importantes del país, y seguramente, la de mayor impacto del interior. A lo largo de 22 años y 44 números producidos hasta hoy, se dieron cita en esa publicación las voces más calificadas de nuestra producción científica. El Premio Internacional obtenido por la revista en 2004, otorgado en EE UU, da también testimonio de esa calidad.

La segunda razón remite a su contribución, desde *Estudios Sociales* y desde fuera de la misma, y por cierto, desde las Jornadas Interescuelas –cuya participación fue constante desde su nacimiento– a potenciar y articular una red de investigadores de distintas provincias que dio pasos decisivos en la formulación de un nuevo horizonte interpretativo del peronismo en el interior de país. Contribuyó a hacer más inteligible, lo que ambos denominamos, el «peronismo periférico», o si se quiere, las «interpretaciones extracéntricas» del peronismo. Los dos volúmenes de *La Invención del Peronismo en el interior del país*, publicados por la Universidad Nacional del Litoral, reflejan ese empeño convertido, casi, en una obsesión.

En tercer lugar, la historia argentina de los años treinta y la historia provincial santafesina no sería la misma sin Darío Macor. Su capítulo sobre «Partidos, coaliciones y sistema de poder» incluido en el tomo IX de la *Nueva Historia Argentina* que dirigió Alejandro Cattaruzza, en el año 2001, echa luz sobre aspectos centrales de aquel período.

<sup>1</sup> Este texto fue leído en homenaje a Darío Macor en el Acto de Apertura de las XIV Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, Mendoza, 2 de octubre de 2013.

Luego, en 2005, su libro *Nación y Provincia en la crisis de los años treinta* incluye textos memorables, como «Primeras imágenes del naufragio», o «Católicos e identidad política».

Asimismo, la dirección de su monumental obra *Signos santafesinos en el Bicentenario* muestra su pasión por la construcción colectiva y su eficacia para hacer germinar de ella frutos perdurables.

Podríamos añadir una cuarta razón: Darío no fue un académico recluso en una torre de cristal. En él se conjugó un docente excelente y un intelectual público, comprometido con los valores de un socialismo que conjugaba en plural con los valores de las libertades y la democracia.

En los años 70, muchos integrantes de mi generación decían –decíamos– que a los compañeros caídos no se los debía llorar sino reemplazarlos en la lucha. Tengo para mí, que Darío Macor, el historiador de voz ronca, vida clara y reflexión profunda es irremplazable; pero también que muchos jóvenes –de los que lo conocieron y de los que no lo conocieron– tomarán su legado para recrearlo en vigorosos y apasionantes –recordando la expresión de Lucien Febvre– combates por la Historia. ✎

## LA HUELLA DE LA AUSENCIA ES LA MÁS CLARA SEÑAL DE UNA PRESENCIA

HUGO QUIROGA

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral

Eso que llamamos muerte me inquieta mucho, la de un amigo mucho más, la de Darío me conmovió en mis fibras más íntimas. Un amigo es siempre importante en la vida, pero muchas veces nos damos cuenta de su inmenso valor después de su desaparición. Con cierta razón Jean-Paul Sartre dijo alguna vez que la muerte nunca da sentido a la vida, sino más bien se lo quita. Aun así, su muerte, la de Darío, nos hizo ver lo insustituible de su persona. La huella de su ausencia es una clara señal de su presencia, por eso, la muerte es tan solo el final de la vida.

La amistad es un tema bien estudiado y valorado por los antiguos, a tal punto, como sabemos, la palabra *filosofía* se define por la amistad, *philos*, el amigo. Y como amigo experimento la separación como un duelo, un sufrimiento. El vacío del duelo es la extrañeza, es el vacío de la ausencia y, a la vez, es el retorno del otro en palabras, gestos, momentos. O mejor, parafraseando a Jacques Derrida, el duelo es el reconocimiento de que el otro, muerto, únicamente está ahora *en nosotros*.

Me liga a Darío una profunda amistad desde hace unas cuantas décadas. Lo conocí en 1986, cuando fuimos presentados por otro amigo entrañable que nos dejó hace casi cuatro años, Ricardo Falcón. Desde entonces comenzó nuestra amistad que el tiempo consolidó. Era dueño de una conversación amena, afectuosa, de una envolvente simpatía, de una sonrisa siempre definida en el rostro, era amante del buen comer y de las reuniones amistosas. Darío era un *bon vivant*.

El itinerario compartido, una opción de vida compartida, tuvo dos estaciones centrales, la académica y la política. El desafío de nuestra trayectoria común fue el compromiso con la democracia, con un orden más justo y con la defensa de la Universidad pública.

Compartimos, en tantos años, numerosos emprendimientos académicos, quizá el de mayor importancia es la Revista *Estudios Sociales*, de la Universidad Nacional del Litoral, de la que fue su director desde su creación. Fruto de un espíritu colectivo, ese proyecto intelectual se afianzó en su propósito y ganó prestigio en

el campo de las Ciencias Sociales, especialmente en el universo de los historiadores, politólogos y sociólogos. El mayor reconocimiento llegó cuando *Estudios Sociales* obtuvo en el año 2004 el primer premio en el Concurso de Revistas de Investigación en Historia y Ciencias Sociales, organizado por Ford Foundation y Fundación Compromiso.

Historiador de profesión, Darío llevó adelante, en diferentes ámbitos, una empresa intelectual, sobre diversas cuestiones que él impulsaba más allá de los muros universitarios, en la realidad de la compleja época en la que le tocó vivir, que es la nuestra también. Su especialidad y su campo de investigación fueron focalizados en los estudios del fenómeno peronista, objeto complejo si los hay, difícil de desentrañar, escurridizo. No obstante, sus trabajos, individuales o en colaboración, le dieron un significado diferente a los estudios sobre los orígenes del peronismo, merced a la profundidad histórica y a los conocimientos teóricos aplicados a los análisis de los casos provinciales, los cuales habilitaron nuevas pistas de interpretación. De esa original producción voy a mencionar los dos tomos titulados *La invención del peronismo en el interior del país*, compilados por Darío Macor y César Tcach. Asimismo, su preocupación historiográfica por la política argentina lo llevó a indagar sobre el sistema político de Santa Fe, luego del golpe de 1930. De ahí, entre otros trabajos, el *Territorios de la política argentina. Córdoba y Santa Fe. 1930-1945*, en coordinación con Susana Piazzesi.

Nos acercaban, además, sólidos acuerdos de carácter político. Nuestras coincidencias con valores enteramente republicanos, que se acrecentaron con el tiempo, la creencia en la libertad, en la democracia, en el disenso, en la igualdad social, configuraron una forma de ver las cosas que nos unieron aun en los momentos más difíciles y zigzagueantes de la política argentina. Sabíamos que la democracia consiste en permitir la vida en la diferencia, que era preferible una democracia imperfecta, modesta antes que un régimen decisionista, autoproclamado progresista por sus políticas clientelares y prebendalistas. Ese tipo de «progresismo» posee en la Argentina un fuerte énfasis retórico, que parece un arte de embustes. Nos inquietaba también la crisis por la que atraviesa la democracia representativa, y de ahí el interrogante acerca de la construcción de otras formas de representación, sin negar, desde luego, la representación electoral, para reinventar otras formas de solidaridad social.

Nuestras preocupaciones se concentraban, igualmente, en otro interrogante fundamental: el lugar de la política en las sociedades capitalistas contemporáneas y el compromiso con los principios igualitarios. Sabíamos del difícil equilibrio que

una política democrática debía mantener frente a los poderosos intereses económicos, para defender las instituciones democráticas y las sociedades libres. Con estas ideas compartimos un tramo importante de la acción política que llevó al Frente Progresista Cívico y Social a ganar la gobernación de Santa Fe en el año 2007.

La vena política de Darío y su capacidad de diálogo lo fueron convirtiendo en un gran articulador de un juego democrático que reunía a los diferentes actores e instituciones. Ser afable en su trato, comunicativo, respetuoso del disenso, le permitió jugar ese rol en una coalición política, que si bien ya tenía muchos años de existencia, sus integrantes tenían aún dificultades para transformar una coalición electoral en una coalición de gobierno. La tarea no era ni es sencilla. No deja de ser un gran reto para aquellos que emprenden una política de alianza estable. El éxito de una propuesta de coalición presupone un aprendizaje de convivencia política, y un cambio cultural en los actores políticos; la coalición es un desafío a la cultura política de los dirigentes. Darío no era ignorante de estos inconvenientes, pero sabía que un auténtico esquema de coaliciones podía ser el lugar de la renovación de la política.

Por eso, acompañó con entusiasmo y convicción al Frente Progresista Cívico y Social de la provincia de Santa Fe. Contribuyó con su reflexión política a repensar las formas que permitirían abrir una vía más profunda hacia una democracia social, laica y republicana, en el interior del complejo problema de un mundo que se ha globalizado. En esa reflexión estaba presente el desasosiego que desvela al pensamiento de izquierda democrático: ¿cómo crear condiciones de éxito económico sustentable en un mercado globalizado, desregulado, dominado por el capital financiero desterritorializado, sin poner en juego los bienes públicos básicos, la inclusión de todos los ciudadanos, y los valores de la libertad?

Darío no desconocía que la razón necesita de la pasión, y viceversa. Creo que intuía, para decirlo con palabras de Victoria Camps, que el lenguaje emocional es clave no sólo para la ética sino también para la política. Hoy más que nunca, con la «revolución comunicacional» en la que vivimos, sin comunicación emocional y afectiva, la política casi no convence ni conmueve.

En los últimos años acentuó su rol de intelectual público, y fue un actor permanente de los debates planteados en los órdenes nacional y provincial. Darío no fue únicamente un brillante profesor universitario, admirado y respetado por sus colegas, discípulos, y amigos, sino un intelectual interesado y apasionado por la política, sin dejar de reconocer que en su dinámica actual tan vertiginosa

y cambiante se volvía difícil de asir. Creo que sintió la tensión, que sucede con frecuencia en los participantes comprometidos, entre su ser universitario y su condición de intelectual público, entre la razón y la pasión, en tiempos esquivos, difíciles de comprender y explicar.

La desaparición de Darío me genera un intenso pesar que me acompañará para siempre. Se acaban las palabras. Se profundiza el recuerdo. ✎

## LA MIRADA REGIONAL EN LA HISTORIA NACIONAL

ENRIQUE MASES

Universidad Nacional del Comahue

En febrero de 1989, en el marco de una estadía en el CIESAL para trabajar junto a Ricardo Falcón en algunos problemas de la historia de los trabajadores, tuve la posibilidad de compartir un espacio de discusión y sociabilidad con un grupo de colegas cercanos a Ricardo, entre los que se encontraba Darío.

A partir de allí, se fue afianzando una larga y sólida amistad construida más allá de la distancia física; abonada, en mi caso, por cierta admiración por la agudeza de sus análisis, pero también por su fina ironía y sentido del humor que enriquecía tanto nuestros largos diálogos académicos, como los debates acerca de la realidad política e incluso en las charlas más mundanas y triviales.

Pero también esta relación se consolidó en la medida que compartíamos ciertas miradas básicas respecto al devenir de nuestra profesión en el novel escenario democrático, al desarrollo historiográfico que se presentaba en el ámbito nacional de aquellos años y fundamentalmente a los aportes que desde los centros académicos del interior del país podían contribuir a conformar una historia nacional más totalizadora.

Bueno es aclarar que esta postura fue compartida por un conjunto de colegas y amigos, miembros de un heterogéneo grupo de científicos sociales que, con diferentes experiencias previas conformó una identidad colectiva que se cristalizó en la aparición de *Estudios Sociales*; publicación que se convirtió con el tiempo «en el producto colectivo máspreciado», como señalara en su momento el propio Darío.

Pero volviendo a repasar aquellas coincidencias básicas enunciadas más arriba, quisiera detenerme en aquella referida a los aportes a la historia nacional desde la perspectiva regional, ya que en este aspecto los trabajos de Darío fueron una contribución significativa.

En efecto, con una mirada crítica y aguda a la vez, sus análisis contribuyeron a pensar la constitución de nuestro país como Estado Nación haciendo foco en la historia política regional a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX.

En este sentido, tanto el trabajo sobre *Nación y provincia en la crisis de los años 30*, como en aquellos que en colaboración con Susana Piazzesi y Natacha Bacolla se enfocaron en los procesos de construcción y deconstrucción del poder político en Santa Fe en esa década, no sólo son aportes interesantes para conocer el devenir político de ese espacio regional, sino que además aportan nuevas miradas sobre los elementos constitutivos de un nuevo Estado Nación que prolongará su existencia por más de cinco décadas.

En este sentido, los aportes de Darío a la complejización de una historia nacional desde el ámbito regional son, sin lugar a dudas, de significativo valor. Pero también sus estudios sobre el peronismo en la provincia de Santa Fe aportaron elementos empíricos singulares para la comprensión de este fenómeno político que marcó buena parte de la historia argentina.

Precisamente, sobre esta temática la compilación de trabajos que llevó adelante junto a César Tcach y que se traducen en los dos tomos de *La invención del peronismo en el interior del país*, tal vez sean el ejemplo más directo de esta contribución de los estudios regionales a la historiografía nacional.

En efecto, los trabajos allí presentes sobre los orígenes del peronismo en diferentes provincias no sólo superan las interpretaciones «ortodoxas» y «heterodoxas» que durante largo tiempo fueron centrales en el estudio de este singular movimiento político, sino que además, ponen en tensión la presencia de un actor único como motor de su nacimiento y desarrollo. Es decir, estas nuevas interpretaciones que recogen la experiencia de la realidad local amplían aquel primer interrogante que intentaban develar los trabajos iniciales sobre el peronismo. ¿Por qué los trabajadores argentinos y particularmente los obreros del conurbano bonaerense abrazaron mayoritariamente al peronismo? Pregunta que se volvía imposible de responder en aquellos escenarios donde no existían ni industrias ni obreros, y donde el peronismo igualmente había tenido una vigorosa presencia inicial.

Por eso, lo valioso de estas nuevas explicaciones es que, desde una perspectiva regional, amplifican este primer interrogante incorporando, según las características políticas de cada escenario provincial o territorial, a otros actores tan disímiles y contradictorios entre sí, como son, por un lado, los miembros de sectores social y políticamente tradicionales, y por el otro aquellos que en forma iniciática ingresan al mundo de la política, tal el caso de los integrantes de no pocas comunidades indígenas.

Sin lugar a dudas, estas nuevas interpretaciones ayudaron a conformar una mirada más compleja sobre el fenómeno peronista y en esto tuvo mucho que ver

Darío con sus aportes y sus acciones. Lamentablemente, su desaparición física nos deja un doble vacío para quienes compartimos tanto el colectivo de *Estudios Sociales* como su amistad.

Sin embargo, lo que queda no es poco, ya que sus aportes sirvieron y sirven para conocer con mayor profundidad nuestro devenir histórico, pero por sobre todo, representan una importante contribución al intento de forjar una sociedad más libre y más justa. ✿

## HOMENAJE A DARÍO MACOR

DORA BARRANCOS

CONICET

Este texto me fue solicitado en ocasión de la muerte de Darío y contiene las manifestaciones centrales de los sentimientos que me inspiró su querida figura. Para este homenaje especial que le brinda la publicación a la que dedicó pasión y contracción, es difícil agregar frases a lo ya expresado.

Resulta inmensamente triste despedir a Darío, y a veces se me ocurre que no puede ser cierto que no lo tengamos más. Me honró con su amistad, su cariño y su confianza intelectual durante largos años. Nos conocimos, creo, en las primeras Interescuelas y fraguamos desde entonces una relación que nunca se privó de complicidades con la risa. Darío era un historiador convicto y un propulsor genuino del conocimiento.

Adhería a los buenos principios de la socialización en todos los sentidos, tenía talante socialista aunque no tengo claro si era cabalmente un hombre «de partido» aunque es bien sabido que se involucró con el Partido Socialista y que colaboró estrechamente con el gobierno de Hermes Binner. Lo inundaba la buena fe y estaba repleto de actitudes que acentuaban su comprensión de la otredad. Era un ser generoso, de alma holgada, incapaz de una chicana artera con eventuales contrincantes. No le faltaban decisión y energía, pero estaba lejos de la agresión temperamental.

Estaba en las antípodas de la beligerancia intolerante, abierto a la comprensión poliédrica de ideas, agentes y acontecimientos. Darío tenía vínculos amistosos con muy disímiles portadores de posiciones políticas, y encontraba siempre la oportunidad para que el disenso no fuera funcional al sectarismo. Quienes nos dedicamos a las Ciencias Sociales, en particular a la Historia, sabemos cuánto opera el «contexto de significación» en lo que interpretamos.

Llevó adelante, entre tantas tareas para mejorar las condiciones de posibilidad de nuestras disciplinas, el proyecto de *Estudios Sociales*, convirtiéndola en una de las más importantes publicaciones de nuestro medio. Su dedicación a la revista

resultaba encomiable, estaba en los detalles y no perdió de vista la necesidad de elevar la calidad sin recurrir a exclusiones que no estuvieran basadas exactamente en ese atributo. Más de cuarenta números continuados y cuidados por su propio ojo, con una devoción que siguió ejerciendo aun cuando ya la enfermedad hacía estragos en su cuerpo.

Darío fue un especialista en tópicos cruciales de la historia política de la sociedad santafesina del siglo pasado. Sus análisis de la democracia progresista y del peronismo provincial sirvieron para iluminar el conjunto de esas experiencias en el orden nacional. Fue un historiador emplazado localmente que nunca perdió de vista el contexto mayor. Sagaz y riguroso –despreciaba tanto la superficialidad como la improvisación– aportó conjeturas de gran significado para comprender los avatares políticos de la sociedad nacional a través del prisma de su provincia.

Lo tendremos en nuestros corazones abrigando su propia bonhomía, celebrando la amplitud de su sonrisa que parecía inquebrantable, la calidez de los gestos sin prevención que franqueaban la convivencia y abrían los diálogos. Lo recordaremos como un colega inteligente, diestro, creativo. Pero permítaseme confesar que lo evocaré siempre como a un ser fraterno y luminoso, y que una incisión profunda me llena de dolor. Perdimos con Darío una mente lúcida en esa elucidación, un gran historiador y un ser humano bello y noble. ✨

## NO NECESITABA TÍTULO PARA SER

WALDO ANSALDI

Universidad de Buenos Aires / CONICET

En tiempos en los que la carrera para ser doctor se ha vuelto desenfrenada, a punto tal que el título no reconoce una trayectoria académica destacada ni es el resultado de un largo trabajo de investigación y aportes creadores, originales, sino una credencial más, más o menos prontamente obtenida, útil para seguir acumulando puntaje para competencias varias, Darío siguió otro camino. Es cierto que en un momento se inscribió en el Doctorado en Historia de la UNLP, pero pronto desistió. Conozco la historia de cerca porque fui, al menos para cumplir la formalidad, su director (¿como si lo hubiese necesitado!). Conversamos varias veces, insistí discretamente hasta donde podíamos hacerlo dos adultos responsables. Permítaseme una anécdota, un recuerdo afectuoso: una vez le escribí un correo electrónico que llevaba adjunto un archivo oral en el que preguntaba «y Darío, ¿para cuándo la tesis?». Supe después –no recuerdo si me lo contó Susana o él mismo– que el mensaje también lo escuchó su hijo, por entonces pequeño, que le repetía reiteradamente la pregunta, sospecho que «gastándolo».

Pero Darío no necesitó título de doctor para ser conocido y reconocido, ni para destacarse en un ambiente competitivo que no siempre es leal. Más importante que por el rectángulo de cartulina, su reconocimiento fue forjado a partir de un sólido, innovador trabajo intelectual, el cual, finalmente, le llevó a asumir compromisos de acción y gestión políticas.

Darío se convirtió prontamente en un referente de la renovación de la historia política de la sociedad argentina, particularmente por las innovadoras explicaciones de la misma, mirada desde una perspectiva «interiorana», lejos del «porteñocentrismo» dominante. Encontró en el cordobés César Tcach el ladero ideal para esa empresa. Animadores de sucesivas mesas en las *Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia*, promotores de publicaciones colectivas sobre la temática, ellos contribuyeron a mostrar otra historia, sólidamente reconstruida, ampliando el horizonte explicativo de las complejidades del proceso histórico argentino, en especial el de la constitución del peronismo como un nuevo y decisivo sujeto político.

A partir de sus investigaciones sobre la década de 1930 y la forja del peronismo en la provincia de Santa Fe, Darío contribuyó a develar, mediante una explicación que iba más allá del cliché, del estereotipo del proletario 17 de octubre metropolitano, los meandros de un proceso para nada uniforme ni lineal.

Darío miraba la historia política argentina, escudriñaba en ella con ojo avezado, sin prejuicios, inconforme con los relatos establecidos. Volvía sobre viejas preguntas, añadía nuevas. Así, contribuyó a rescatar a la historia política de la mera recolección de hechos y personajes (pero no sujetos de la acción política), es decir, de la banalidad, innovando incluso en el tratamiento del núcleo duro de la historiografía tradicional: el acontecimiento. Supo revalorizarlo inscribiéndolo en la situación, en la coyuntura. Por eso pudo innovar. El cerrado «porteñocentrismo» —que el humor suele traducir con la expresión «Dios está en todas partes pero atiende en Buenos Aires»— hizo que su figura y su obra no trascendieran más allá del ámbito académico (sin ser poco), que quedara fuera de la atención de los grandes medios y, por ende, del gran público. Mezquindades varias le birlaron un reconocimiento mayor. Pero nadie podrá arrebatarse el haber sido un creador de conocimiento del que no puede ni podrá prescindirse para la todavía inconclusa tarea de ofrecer una historia de la sociedad argentina que sea realmente tal y no la de lo acontecido en la ciudad de Buenos Aires, al igual de lo que ocurre con los noticieros de la televisión, que pueden mostrar a todo el país un accidente de tránsito en la capital pero casi ningún acontecimiento de real trascendencia en cualquier pueblo o ciudad de provincias, salvo, y no siempre, la nota *amarilla*.

Esos aportes le bastaban para ser. Pero hay más para destacar: su formidable tarea como creador, impulsor y director de *Estudios Sociales*, esa excelente *Revista Universitaria Semestral*, convertida en un medio de difusión de nuevos conocimientos generados por investigadores e investigadoras de distintas disciplinas, abierta a temas, problemas y orientaciones diversas, con explícita práctica de pluralismo. Fue cabeza, corazón y músculo de la revista, contando con la fuerza adicional de su compañera Susana, pero también la de colegas y amigos que compartían la empresa. El tesón, la convicción, la prepotencia de trabajo le permitieron darle continuidad, regularidad y calidad académica a la publicación, a despecho, incluso, de no pocas trabas. Recuerdo un episodio revelador de su temple de luchador: en cierto momento de la dura década de los noventa pasados, algún funcionario de la Universidad le planteó el necesario cierre de *Estudios Sociales*, invocando —*tempo et mores*— el consabido «argumento» de los «ajustes». ¡¿Cómo podía la Universidad

gastar dinero en una publicación que no producía ganancias contables?! Darío no necesitó dialéctica, retórica ni sólida argumentación. Optó por una respuesta más sencilla, sin estridencia alguna, práctica: llevó al funcionario de marras al local donde estaban catalogadas todas las publicaciones que la UNL recibía en canje por la revista. Obviamente, el valor de las mismas superaba largamente los costos de edición de *Estudios Sociales*, sin contar con que muchas no hubiesen podido adquirirse con los siempre escasos recursos presupuestarios destinados a tal objeto. Lo batió en el mismo terreno, el de la lógica contable. A los efectos del caso, argumento más convincente, para un burócrata, que el de la indiscutible y reconocida calidad académica de la revista. Con esa acción, Darío mostraba también su arista política, esa que ocupó los últimos años de su vida, práctica que, lo digo con toda franqueza, no pude seguir con el mismo grado de conocimiento que la del académico.

Con Darío forjamos una cálida amistad, que los *locus* de residencia y trabajo de cada uno impidieron que fuese cotidiana o más frecuente. Pero cada encuentro, aquí, allá o acullá, servía para reforzarla, con su cuota de afecto, humor y respeto intelectual. Por eso, como cantaba Alberto Cortez,

«Cuando un amigo se va,  
queda un espacio vacío,  
que no lo puede llenar  
la llegada de otro amigo». ✎

## EL MAESTRO Y EL CONSTRUCTOR DE POLÍTICAS ACADÉMICAS

FABIÁN HERRERO

Universidad de Buenos Aires / CONICET

Me gusta pensar en Darío. Me gusta porque me hace bien, porque de un modo u otro su vida tocó gratamente mi vida. Muchos lindos momentos compartidos. Largas y alegres conversaciones caminando por distintos barrios de la ciudad de Santa Fe, en cafés, en cenas junto a Susana, soñando la universidad, la vida, el mundo. Me ha ayudado a crecer y a imaginar quién iba a ser yo en definitiva. Y el resultado ha sido magnífico, poderoso, ha sido en verdad una buena historia. Me gusta, en fin, pensarlo en un doble recorrido. Uno lleva a la figura del maestro. El otro, al constructor de políticas académicas.

Lo conocí en la etapa final de mi estudio de grado en la carrera de Historia de la Universidad Nacional del Litoral. Un momento, por cierto, en el que no sabía bien qué sendero iba a continuar en los días posteriores a mi graduación. Hacia finales de la década de 1980, la Facultad de Formación Docente disponía de un plantel de profesores en el que no faltaban docentes empeñados en formar estudiantes a partir de una abundante bibliografía. La renovación que se estaba produciendo en otras casas de estudios del país no rozó nada (o casi nada) a nuestra «escuelita», como le decían los viejos estudiantes. Ni siquiera se tenían noticias más o menos certeras de lo que estaba pasando a partir de esas transformaciones. Por este orden de razones, no puede resultar extraño que poco se supiera sobre el rol del investigador y que el material bibliográfico –más allá de la voluntad de algunos docentes– resultara en verdad bastante antiguo o bien que lo que se presentaba como nuevo no podía ser finalmente explicado con rigurosa solvencia académica.

En este contexto, la entrada en las aulas de Darío como titular de la cátedra Historia Argentina II, marcó ciertamente un punto de inflexión, ya que rápidamente impuso en la agenda la idea del docente investigador. Pero eso no es todo. Es muy probable que la inmediata solicitud de un ayudante alumno en su cátedra haya sido quizás el primer cargo de esa categoría designado por concurso público en la facultad, y yo, de ese modo, al obtener dicho puesto, formé parte

de esa hermosa experiencia que marcó un indicio muy concreto de los cambios que posteriormente se verían allí con un poco más de naturalidad.

Pero no quiero avanzar sobre este tema todavía, me parece importante volver un instante más sobre mi etapa de estudiante y mi relación con él. Su propuesta de trabajo en algún punto era distinta a la de los demás. Proponía una bibliografía que daba cuenta al mismo tiempo de la investigación más reciente pero también rescataba libros clásicos. Ese diálogo natural, entre lo nuevo y lo viejo, si bien no escapaba quizás a la propuesta de algún otro profesor, en Darío se tornaba diferente porque sabía con solvencia la importancia o no de esos textos y la inscripción en el campo de esas obras y de esos autores. Sus clases, por cierto, siempre estaban rodeadas y atravesadas por un misterio. El punto de inicio consistía en desmontar la hipótesis del texto y su posible diálogo con otros estudios. Esa lógica de trabajo elemental se tornaba altamente misteriosa en estudiantes no acostumbrados a esa esencial y básica tarea. Y el misterio, en efecto, se presentaba no sólo en la dificultad de encontrar la idea sobresaliente del texto, sino en el paso siguiente que consistía en las posibles conexiones con otro y así hasta armar una verdadera cadena de sentido historiográfico que exhibía un cuadro a la vez complejo y fascinante. Complejo y fascinante, en cuanto en algún sentido nos enseñaba a razonar como historiadores y como docentes.

Luego de aprobar su materia, comenzó rápidamente una relación de trabajo. Quiero decir, ingresé al «mundo Macor», que, según cuentan sus últimos discípulos, sus grandes líneas continuaron hasta no hace mucho tiempo atrás. La escena puede describirse de este modo: había ido a su casa, me había preparado una montaña de libros sobre su escritorio, y había recibido la tarea de leerlos en un plazo razonable... La mecánica de trabajo consistía en la discusión en ámbitos diferentes, su casa o bien en algún bar de la ciudad. Es allí donde comencé a conocer qué era el CONICET y cuáles eran las formas de pensarse como docente en la universidad. Todo un cúmulo de novedades que caían como del cielo. Me sentía como alguien que repentinamente había hecho un descubrimiento, encontrando nuevas fuentes de energía que no sospechaba tener por aquellos días.

En ese marco, como ya dije, solicitó (o mejor, «peleó») en la facultad para que se abriera un concurso de ayudante alumno. Obtenido el cargo, mi función era doble, por un lado seguía siendo un estudiante avanzado y por otro lado me convertía en profesor de mis propios compañeros. De esta manera, como ya habrá advertido el lector, con la enorme ayuda de Darío, el sendero que debía recorrer luego de mi

estudio de grado comenzaba a verse con entera claridad. La figura del maestro y la del constructor de políticas académicas podían percibirse en mi caso individual y con el correr de los años se multiplicarían en el ámbito de la carrera de Historia y en otras facultades de la ciudad y en Rosario, donde también desempeñaba su labor de docente investigador.

En el año 1989 me instalé en Buenos Aires. La crisis del año anterior no permitía imaginar ningún tipo de vida laboral en Santa Fe. Fue así que muchos compañeros debieron tomar muy diversos destinos, algunos fueron al sur patagónico, otros al extranjero y, por mi parte, a la ciudad donde –dicen– «atiende Dios», aunque en mi caso tuvo la enorme solidaridad de mi hermano mayor que resultó vital para mi estadía y, sobre todo, mi sobrevivencia. En esta etapa comienzan mis viajes a Santa Fe, y la planificación de un plan de trabajo que me permitiera acceder a una beca del CONICET. Fue en ese período donde empecé a imaginar una línea de investigación en torno a la trayectoria de Joaquín V. González, que orientara académicamente Hugo Biagini (otro profesor generoso y solidario).

En esta etapa, en verdad, Darío también cumplió un rol importante. Por aquellos años los historiadores más estimulantes se dedicaban a estudiar el período que transcurre entre la llamada «Generación del 80» y el primer Centenario de la Revolución de Mayo. Nuestro historiador predilecto (aunque había otros) era Ricardo Falcón, en especial por sus pequeños tomos negros del Centro Editor de América Latina y por un artículo muy sugestivo publicado en una revista de la Universidad Nacional de Rosario. Se trataba de alguien que Darío me enseñó a respetar y a querer. Recuerdo que no fue justamente en un aula sino sentados en el improvisado mostrador del bar de la facultad, del recordado «Héctor», donde me explicó (entre café y café y rodeado de todo el movimiento y el bullicio estudiantil), la diferencia enorme entre la vieja perspectiva de estudio sobre el movimiento obrero y la idea de «mundo de trabajo» introducida por Falcón en la estela de los historiadores ingleses. Esa escena de pasión por la Historia en el ambiente de una charla improvisada, la repetimos posteriormente hasta el cansancio en largas caminatas o en otros bares de la ciudad.

Darío insistía (y con mucha razón) que los modelos de historiadores que había que pensar y tener presente a la hora de planificar la investigación, eran los que evocaban los nombres precisos de José Carlos Chiaramonte y Ezequiel Gallo, los cuales remitían directamente a los libros *Nacionalismo y liberalismo económicos en Argentina* y *La pampa gringa*. Su concreción final le llevó al primero de ellos

diez años de trabajo y, al segundo, veinte. La tarea de investigación, entonces, no consistía en un ensayo de opinión sobre un tema en un plazo breve sino que debía atravesar toda una serie de etapas que implicaban la discusión permanente de las distintos borradores, rodeados de colegas exigentes que pudieran aportar ideas y señalar falencias, publicaciones parciales preferentemente en revistas con evaluaciones calificadas, un buen relevamiento y trabajo de fuentes. Tiempo después, ya radicado en Buenos Aires, tuve la oportunidad de hablar con los historiadores que Darío me había enseñado a respetar. El primero fue mi director de tesis y continúa siendo mi principal maestro, un compañero ideal cuando pienso en mi trabajo; el segundo, fue un excelente consejero en los inicios de mi posgrado y profesor de uno de mis seminarios de Doctorado, al que considero no sólo un referente indiscutible sino una de las personas más cálidas y humanas que puede encontrarse en el medio académico. Seguramente ambos no saben que, en varias oportunidades y en distintas conversaciones, me interesó comprobar las cosas que había escuchado hasta el cansancio en la voz pausada y ronca de Darío. Cuando contestaban mis preguntas, siempre direccionadas en aquellas iniciales referencias, me acordaba inmediatamente de Darío, porque poco a poco iban ampliando con lujo de detalles un bello cuadro que yo ya había visto antes.

No es casual entonces que fuera con Darío con quien compartiera las primeras reflexiones en torno a la organización y definición de mi primer trabajo de investigación. Por su indicación, recuerdo haber consultado las obras completas de Joaquín V. González en esa excelente biblioteca que posee la Facultad de Derecho de la UNL. Él fue quien me convenció de la idea de acotar el esfuerzo en la figura del riojano, sus voluminosos veinticinco volúmenes constituían un corpus ideal para mi pesquisa. De esta manera, con su manera de encarar el diálogo y, sobre todo, de jugar sus cartas, todo concluyó de acuerdo a lo que él finalmente me indicó. Recuerdo justamente que fue en su casa donde después de mostrar su agrado por mi primera idea madre que era tomar cinco políticos-intelectuales del período, lentamente me fue haciendo notar que mi empresa era en un punto demasiado ambiciosa para un primera experiencia como investigador. Y es justamente aquí donde se revela su capacidad de persuasión, la cual no sólo aplicaba a posibles futuros historiadores sino también en sus clases: ante cualquier propuesta de un estudiante o un flamante egresado, nunca señalaba inicialmente su opinión crítica, al contrario, la aceptaba e incluso la alentaba, sin embargo, cuando terminaba la conversación o la clase, su posición quedaba definida y, en general, uno se

llevaba una propuesta notoriamente modificada y enriquecida. Mi primera beca de CONICET tuvo precisamente ese tema y fue Darío quien publicó mi primer estudio como historiador en un Documento de Trabajo en el marco del Programa de Investigación que él dirigía en la UNL.

En aquel período, también estuve en los inicios de la revista *Estudios Sociales*. Recuerdo muchas charlas relacionadas sobre la idea de la publicación y sobre algunas cuestiones puntuales. Por ejemplo, la importancia de iniciar la experiencia con un número cero que permitiera detectar mejor qué forma debía adoptar. O cómo le resultaba altamente irritante la discusión en torno a las llamadas “revistas de universidad”, como *Estudios Sociales* o el *Boletín del Instituto Ravignani* y aquellas que se denominaban “independientes” porque se hacían por afuera del financiamiento universitario. A sus ojos la discusión caía en un simplismo ciego, en un eje falso, en cuanto las distintas publicaciones en danza disponían de independencia para diagramar sus números de acuerdo a los criterios adoptados por cada una de ellas.

En este marco, el volumen sobre las encuestas a historiadores de las ideas que publicamos en la editorial de la UNL lo tuvo como su gestor fundamental. Con él imaginamos hacer una entrega previa en la revista *Estudios Sociales*, y fue justamente Darío el que nos llevó a hablar con el rector de la universidad para sellar dicha empresa. El libro tuvo repercusión en aquella época en donde no era fácil ni sencilla la tarea de la edición. Esta experiencia, entonces, fue realmente compartida con mucha gente, y Darío y Susana fueron piezas importantes tanto en la gestión como en la elaboración de la idea y el acompañamiento de una empresa que demandó mucho tiempo y esfuerzo.

Al recordar estos episodios, en días tan queridos como lejanos, aparece ciertamente una poderosa sensación de bienestar, algo etéreo, algo de elevación y de luminosidad. Bien podría decir, que, volviendo al hilo del inicio de estas páginas, comencé con mucho entusiasmo la tarea de escribir sobre algunos aspectos de mi relación con Darío y terminé descubriendo que estas sencillas notas son parte importante de mi vida, que extraño al viejo maestro y a los muchos momentos compartidos. Que lo sigo queriendo. Tanto como todo lo que construyó. Y más. ✎

## **EL PASO DE DARÍO MACOR POR LA CÁTEDRA DE «HISTORIA SOCIAL ARGENTINA» DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO**

GABRIELA BENETTI

Universidad Nacional de Rosario

Conocí a Darío Macor en 1988. La Facultad de Ciencia Política había llamado a concurso ordinario para la cátedra de «Historia Social Argentina» de la Licenciatura en Trabajo Social, y Ricardo Falcón lo había invitado a presentarse. Darío ganó la categoría de Profesor Adjunto y Pilar Velasco la de Profesora Titular, cargo en el que esta última ya venía desempeñándose. Conformaron un equipo muy particular. Pilar se había formado con grandes maestros: Sergio Bagú, Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Carmen Miró, Reina Pastor, entre otros; y había incursionado mucho en la Sociología, en pleno auge en su período de formación. Darío, por su parte, ya estaba metido de lleno en el álgido movimiento de renovación de los estudios históricos que se había abierto con la recuperación de la democracia, y que encontraba en las Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia un foro para la discusión.

En mi caso, hacía sólo dos años que me había recibido y venía trabajando como auxiliar en la materia. Había cursado la mitad de la carrera durante la dictadura con lo que mi formación tenía baches del tamaño de cráteres lunares. De allí que, la actitud hacia mis Maestros fuera de «esponja». Los dos primeros años trabajé con Pilar y, al incorporarse Darío, me tocó trabajar con él en la Comisión de la noche. Por esa comisión pasaron también como auxiliares docentes los colegas con quienes hasta hoy seguimos integrando esta cátedra: Rubén Ponce de León y María Pía Martín. Al pensar estas líneas, todos coincidimos en el recuerdo del «estilo» de Darío... llegar a la clase, siempre al filo del horario... siempre apurado, sentarse a un costado del escritorio y empezar con su voz de bajo, profunda, envolvente, a desarrollar la clase. La clase empezaba y no era precedida por presentación alguna, sino que Darío retomaba una suerte de conversación interrumpida. A medida que se iba «metiendo en tema» el relato hilvanaba hechos, insinuaba marcos teóricos y categorías analíticas, introduciendo de a poco al auditorio en una historia que se pincelaba de ideas, prácticas, actores, instituciones, experiencias...

Muchas veces, al rememorar esas clases, me he preguntado cuál era la clave de Darío para cautivar a un auditorio de alumnos de 1° año, turno noche, con un bloque horario insano de tres horas que, en muchos casos, cursaban después del trabajo. La primera impresión era que su voz ayudaba a involucrar al auditorio, pero la verdadera clave estaba en el relato, en la ductilidad que tenía para incorporar todos esos ingredientes que conforman la receta de la Historia Social. Historia de síntesis, Historia que apela al diálogo con las otras disciplinas sociales: la Sociología, la Economía, la Política.

Georges Duby sostiene que «la historia social debe construir un camino de convergencia entre una historia de la civilización material y una historia de las mentalidades colectivas». Para alcanzar este objetivo fija tres principios metodológicos. Advierte, en primer lugar, que aunque el proceso analítico exige al historiador disociar los factores económicos de los políticos o los mentales «su vocación propia es la síntesis. Le toca recoger los resultados de investigaciones llevadas a cabo simultáneamente en todos esos dominios y reunirlos en la unidad de una visión global». El segundo principio plantea la necesidad de «ocuparse de descubrir, en el seno de una globalidad, las articulaciones verdaderas». Y tratar de descubrir las «articulaciones verdaderas» significa establecer las vinculaciones relevantes, las relaciones significativas entre los diferentes niveles de análisis que hacen comprensible la totalidad de la sociedad. En síntesis, en este principio se plantea la necesidad de establecer los complejos nexos entre lo económico, lo político y lo mental. El tercer principio se refiere a otro problema de gran complejidad: el tiempo histórico. «La investigación de las articulaciones evidencia, desde un principio, que cada fuerza en acción, aunque dependiente del movimiento de todas las otras, se halla animada sin embargo de un impulso que le es propio, (...) cada una se desarrolla en el interior de una duración relativamente autónoma». Se trata del problema de la duración, de los ritmos diferentes que afectan a cada nivel de la vida social. De este modo, Duby remarca la necesidad de estudiar, dentro de la globalidad, la evolución de los diferentes niveles, «tanto en sus sincronías como en sus diacronías»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Citado en Susana Bianchi, *Historia social del mundo occidental. Del feudalismo a la sociedad contemporánea*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2013.

Así entendía Darío este oficio y era capaz de integrar en la exposición esos diferentes planos analíticos. Algunas veces el relato lo llevaba a sus propios interrogantes, a la búsqueda de sus propias respuestas; reflexionaba en voz alta y, quizás, olvidaba que estaba hablando para otros... y entonces yo operaba como «Amanecer» –según él mismo me bautizó– aclarando lo dicho en un idioma más accesible para nuestros fatigados alumnos de 1° año del turno noche. Tenía algo enormemente valioso en estos casos, la capacidad de reírse de sí mismo, casi de pedir disculpas por haberse ido muy lejos en sus reflexiones. Y volvía como se había ido, sencillo, cordial, inteligente.

Ninguno de los auxiliares docentes de la cátedra trabajó mucho tiempo con él; motivos de organización interna y coyunturas personales, nos llevaron a que cada uno transitara un par de años en su comisión y, quizás por ello, su huella está en todos.

En 1996, cuando la vida lo llevó a tener que reordenar su actividad académica y los viajes a Rosario se convirtieron en una carga muy pesada, Darío renunció a su cargo ordinario. Eligió no tramitar esas licencias eternas que traban el funcionamiento de nuestras instituciones universitarias, dándonos la posibilidad de crecer a los que veníamos atrás.

También en materia de investigación fue generoso. Recuerdo que en 1998/99 un grupo de graduados, algunos con inserción docente y otros con responsabilidades de gestión académica, estábamos cursando el «Posgrado de Actualización y Perfeccionamiento en Política y Gestión Universitaria» (Unigestión), producto de un convenio entre las Universidades Nacionales de Rosario, la del Litoral y la de Entre Ríos. Ese posgrado nos ubicaba en un lugar particular: reflexionar sobre el «nosotros» universitario, pensar a la propia Universidad como objeto de estudio. Así surgió la inquietud por indagar en los orígenes de nuestra propia Universidad, creada en una coyuntura muy particular, a fines de 1968, como resultado de la voluntad política de hacer casas de estudio más «governables», reducirlas en número y en presencia espacial, con el no disimulado objetivo de hacerlas más controlables. Desmembrada de la Universidad madre –la del Litoral–, la Universidad Nacional de Rosario (UNR) nació de la opacidad propia de las prácticas de un gobierno autoritario. La preocupación de los militares no era ociosa, un par de años después dos *Rosariazos* con amplia participación del movimiento universitario, y estudiantil en particular, reafirmarían sus temores.

Con estas inquietudes, definimos los límites de un proyecto de investigación en torno a «El surgimiento de la UNR. Sus antecedentes político-institucionales»,

que logramos concretar en un proyecto de investigación de la UNR en los años 1999/2002 gracias a la generosidad de Darío. Eran épocas de escasez de directores y avidez por abrir nuevas áreas de conocimiento. Darío era uno de los docentes de ese curso de posgrado, conocía el proyecto que lo animaba y, por ello, me aventuré a llamarlo y contarle en grandes líneas lo que queríamos hacer. Vino a Rosario, se reunió con nosotros y se puso al frente del proyecto como director. La academia muchas veces no es un ámbito de generosidad, más bien, en especial después de los '90, se ha permeado de prácticas competitivas y egoístas. No es menor para mí rescatar a los «generosos», y Darío formaba parte de ese grupo reducido.

De aquellos tiempos es también el proyecto de crear dos «revistas hermanadas»: *Estudios Sociales*, con sede en la UNL y *Cuadernos del CIESAL*, con sede en la UNR, dirigidas por Darío y Ricardo Falcón respectivamente. Estos emprendimientos editoriales no corrieron la misma suerte. Sin duda, Darío logró hacer de *Estudios Sociales* una de las revistas de mayor calidad del mundo académico de las Ciencias Sociales. *Cuadernos* sufrió, entre otros, los altibajos de la falta de financiamiento. Hoy, aquellos que tuvimos el privilegio de compartir proyectos académicos, cátedras y equipos de investigación con intelectuales de esta jerarquía, tenemos la responsabilidad de tomar la posta de ese legado... Para nosotros, de eso se trata la memoria.

Hasta siempre querido Profesor. ✍

## DARÍO MACOR, EL «PIBE» DE SANTA FE

CECILIA LESGART

Universidad Nacional de Rosario / CONICET

Cuando *Estudios Sociales* me invitó a participar en este sentido homenaje a quien fuera su Director, mi primera sensación fue la de la imposibilidad de despedir como historiador, hombre de la universidad pública, académico, intelectual público en una provincia en lo que estos no son muchos, a quien yo sentía como mi amigo. Mi escrito sobre Darío Macor, está recorrido por la primera y segunda persona del singular, por mi situación de observadora de una red de relaciones en la que él tenía una activa participación, y por mi lectura no muy sistemática de sus libros. No fue mi profesor, no participé de proyectos por él dirigidos, no compartimos trabajos específicos. Darío fue un amigo, un académico e intelectual, amigo de mis amigos y de mi familia, con el que compartí muchas mesas y sobremesas, conversaciones mediadas por café y mate, y al que despedí en mi casa una noche del mes de marzo con un fuerte abrazo y un beso, bajo la promesa de acompañarlo a visitar el mar.

No es fácil distanciarme del recuerdo personal de un hombre que conocí como «el Señor Macor». Nombre que Esthercita, guardiana de las llaves que lo aguardaban en un pequeño cajón, le reservaba a tan alta personalidad de la universidad pública, que visitaba quincenalmente el departamento de calle Urquiza para ofrecer sus clases en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de Rosario. Ni desligarlo de la risa que aún me provoca el apodo con el cual Ricardo Falcón lo presentaba al comienzo: el «pibe» de Santa Fe, un hombre poco menor que él, pero que según me han narrado ya lucía calvo. En fin, una historia que rememoro porque está en el origen de esa red de relaciones académicas, sociabilidades intelectuales, amistades públicas y privadas, que fue y es *Estudios Sociales*. Una Revista Universitaria que logró salir regularmente a lo largo de todos estos años por la voluntad académica de quien fue su director desde el principio, por la sólida relación que Darío supo entablar con la Universidad Nacional del Litoral, por el tesón de su Secretaria de Redacción, y por un Consejo de Redacción que es un mosaico de las labores desarrolladas en diferentes provincias del país, y que sólo muy recientemente integró a académicos de Buenos Aires.

La militancia intelectual en torno de la revista, sostenida por esta red que la llevaba de un lugar a otro del país, le aseguraba un lugar en Buenos Aires, y por los distintos países en donde algunos de sus miembros se especializaban, acogió siempre a más historiadores que a politólogos. Sin embargo, en las páginas de la publicación periódica, las Ciencias Sociales en general y la Ciencia Política más particularmente, siempre tuvieron un lugar asegurado. Así como a Darío se lo encontraba en los Congresos Interescuelas organizados por los historiadores, su presencia y la de los grupos de investigación que componía tenían un lugar en los Congresos de Ciencia Política organizados por la SAAP, o en las diferentes ediciones del Congreso de Democracia en la Facultad de Ciencia Política de Rosario. A veces este lugar era más destacado, y otras estaba situado al interior de los paneles de Historia Política. Pero en todos los casos, es destacable cómo el núcleo más activo de Estudios Sociales entretejió una sólida, estable y creativa relación entre la Historia y la Teoría Política, entre la Ciencia Política y la Historia Política, que fue más allá de aquello que se publicó en sus páginas.

Me cuesta darle vida en estas páginas a la imagen pública de Darío Macor, apartándolo de las cosas que disfrutaba con y de él como amigo: sus llamadas telefónicas semanales alrededor de las 23:15 horas, cuando ya cansada por el trajín del día había perdido cualquier barrera de lo políticamente decible. Su voz sonando del otro lado, y la vorágine con la que se sucedían noticias sobre las facultades en las que trabajábamos, sobre la provincia o los derroteros nacionales. Después de 40 minutos de comentarios, bromas y finas chicanas entre un no peronista y alguien que alguna vez lo fue y siempre duda sobre cómo seguir siéndolo, su solicitud de hablar con Eduardo. Y su amorosa recomendación, en la que cambiaba el «vos» por el «usted»: «cuídemelo al Gordito».

¿De qué hablábamos en esas conferencias telefónicas? Darío tenía una destreza no fácilmente hallable, la de hablar de la política, las pujas pormenorizadas del poder político, diseccionando y tratando de comprender la lógica de actores con los que no necesariamente tenía empatía. La política lo apasionaba y la manera cómo lo conocí vale la pena ser contada porque lo particulariza, a la vez que lo sitúa en su perfil intelectual. Fue un domingo al mediodía en un pueblo de provincia cercano a Rosario, donde Darío y Susana habían ido de visitas. Día importante porque supe que prontamente serían padres de Santiago. Lo cierto es que pasaron gran parte de una mañana de calor extremo leyendo casi sin pausas los diarios del domingo. Darío miraba la política argentina desde arriba y heterodoxamente, a través de *La Nación* y *Página 12*. Unos años después, había cambiado a la «tribuna de doctrina»

por *El Litoral* de la ciudad de Santa Fe, que reproducía las dos columnas de opinión principales de la penúltima página del periódico fundado por Mitre.

A diferencia de otras personas que se abocan al detalle de la información de los diarios, o que discuten las opiniones volcadas en ellos, Darío siempre proponía una nueva interpretación que iba acompañada por un gesto. Apoyaba el codo en la mesa, se inclinaba hacia adelante, hacía descansar la cabeza en su mano, y convertía las noticias y las notas de opinión en una contra ponencia. Desconozco si esta pasión estuvo anclada en alguna militancia partidaria concreta, o si estuvo afiliado a alguna organización. Decididamente no era peronista, aunque convirtió al peronismo en su objeto de indagación preferido, partiendo de la premisa de que era un fenómeno político desentrañable. Cuando lo conocí, volcaba su entusiasmo por los asuntos públicos en la vida universitaria. En ese momento tenía una muy buena relación política y académica con la conducción radical de la Universidad del Litoral. Pero terminó siendo uno de los únicos intelectuales y académicos de la ciudad de Santa Fe que hablaba con el Partido Socialista, que usaba su retórica universitaria para colaborar con los hombres de la rosa colorada a los que les tocaba conducir la provincia por primera vez, con esos políticos salidos de una ciudad en constante puja con la capital de la provincia, con esos profesionales cuya militancia se forjara básicamente en los pasillos de las facultades de la Universidad Nacional de Rosario, o en el gobierno de una ciudad «siderúrgica y obrera» que poco se parece a aquella que es asiento permanente de la burocracia administrativa y de las oficinas gubernamentales con asiento en la Casa Gris.

Nunca supe cómo se estableció su vínculo con el Partido Socialista, pero desde el momento en que se anunció la candidatura de Hermes Binner como gobernador de la provincia de Santa Fe, sobre todo a partir del año 2007 y hasta 2011 en que el Partido Socialista gobernó por primera vez una provincia argentina, hubo que acostumbrarse a que sus llamados se hicieran más esporádicos. Y estar preparada para que sus conversaciones –las que entablábamos a medianoche, los mensajes telefónicos que intercambiábamos cuando yo cruzaba la ciudad hacia Paraná, o los cafecitos entre las mesas de los congresos–, se hicieran eventuales. No me he preguntado si esta relación de cierta desconexión se hizo extensiva hacia las personas que hasta ese momento eran frecuentes en un entorno amistoso. Pero reconozco en esa actitud de distancia algo distinto a la vanidad. Tal vez se haya vinculado con esa lógica que guarda el acercamiento al poder político, y que parece modificar psicológica y actitudinalmente a quienes las viven. Seguramente, su compromiso por el éxito de un gobierno provincial de diferente signo, su interés por aportar

sus palabras y compartir sus conocimientos sobre Santa Fe con el gobernador, fueron los que obraron para tejer ese destiempo en lo personal. Pero no para él en lo político: fue el momento en que metió los dedos en los rayos de la rueda de la historia como un hombre de diálogo frecuente con el gobernador.

Darío Macor era un hombre de la universidad pública, y aunque era oriundo de la entrerriana ciudad de Lucas González, su sobre-adaptación a la ciudad y a la provincia de Santa Fe lo mostraban interesado por la visibilidad que pudiera cobrar la Universidad Nacional del Litoral. Entre las Facultades de Humanidades y Ciencias, y la de Ciencias Jurídicas y Sociales, se desarrolló gran parte de su vida académica e intelectual. El cerrado y sostenido aplauso matutino que lo despidió en las escalinatas de la Universidad del Litoral la fría mañana del día 30 de junio, fue un emotivo reconocimiento que esa institución mostró.

Pero Santa Fe no es solamente el nombre de la ciudad que lo acogió. La provincia se convirtió en el lugar de un intenso trabajo en el que se iba especializando como académico: participaba de las diferentes ediciones de los concursos de becas y premios provinciales, y su presencia siempre aseguraba un veredicto neutral pero nunca no comprometido. Formó a numerosas personas a las que se las encuentra dentro y fuera de la provincia, y también más allá de las fronteras nacionales: hacia 1997 conocí en México a un compañero de doctorado oriundo de Santo Tomé que había formado parte de un pequeño grupo de jóvenes abogados que nutrían su interés por la administración pública bajo la dirección de quien llamaban cariñosamente «Calula». Además Santa Fe se constituyó en el centro de sus preocupaciones políticas, las que terminó convirtiendo en el objeto de estudio del que se ocupó durante gran parte del desarrollo de sus investigaciones. Así, la parte más significativa de su producción, contenida en los libros aparecidos desde 1993, están publicados por la Editorial de la Universidad Nacional del Litoral. La provincia de Santa Fe, el peronismo y su indagación esforzada por recrear la Historia Política, la Universidad Nacional del Litoral, son todos espacios de sus preocupaciones y ocupaciones que pueden verse anudadas en sus libros.

Recuerdo el impacto que un día me produjo, como politóloga poco afecta a tomar al pie de la letra las conceptualizaciones universales que propone mi disciplina, el puntilloso recitado que Darío hacía de las tipologías con las cuales Panebianco caracteriza la vida interna de los partidos políticos. Me pasó cuando yo estaba segura que una de las maneras posibles de renovar a la Ciencia Política era rasgando el campo de categorías que estaban tan estandarizadas que parecían fósiles, conceptos que

concentraban tantos contenidos que se tornaban carentes de sentido. Especulaba que ese historiador al que respetaba, me hubiese dicho que esperaba realizar la conceptualización con posterioridad al trabajo pormenorizado de campo, de archivos. Pasó el tiempo y me di cuenta cómo el conocimiento al pie de la letra que Darío había realizado sobre las categorías de Panebianco era la manera en que él estaba renovando el campo de la Historia Política. Una de las innovaciones que propone en sus textos es la de acudir a las conceptualizaciones para interpretar los archivos; pero la renovación que deja es la de haber salido de la clásica Historia Política como narración detallada y centrada en el Estado, como composición biográfica de las grandes personalidades o liderazgos, y como tradición ordenada alrededor del ámbito nacional.

Al intentar dilucidar la pregunta sobre qué es el peronismo, saliendo del terreno de la Sociología y recuperándola para la Historia con la premisa de no considerarlo un fenómeno tan particularmente argentino que no pueda clasificarse, una primera alteración fue ubicar su estudio en la provincia de Santa Fe Ya en el libro elaborado con Eduardo Iglesias en 1997 *El peronismo antes del peronismo*, consideraba a los territorios provinciales como espacios de producción de lo político. Hipótesis que fortalece y recrea unos años después, en las compilaciones realizadas con César Tcach en 2003 y en 2013, tituladas *La invención del peronismo en el interior del país*. En ambos volúmenes, hay un nuevo intento por salir de lo que llaman interpretaciones ortodoxas y heterodoxas, componiendo las *extra céntricas* y que, aunque no se agotan en este detalle, invitan a salir de los estudios que enfocan Buenos Aires para entrar en el «peronismo periférico», a complejizar la Historia Política como terreno que indaga el Estado, y entrar en las dinámicas partidarias, en la vida interna de las organizaciones políticas, sus alianzas, y conflictos de poder entre los actores que la componen. Mirar menos el Estado y las personalidades extraordinarias de los grandes hombres y más la sociedad política. Lo que se traduce en un trabajo que tiende a mostrar cómo se perfiló el peronismo en los espacios provinciales: poco afecto a las virtudes de la democracia política, no por su apego al liderazgo carismático, sino por el peso de factores tradicionales en su conformación.

En estos años dejó anudados sus amores. Por la universidad pública, la Historia Política en su vínculo innovador con la Ciencia Política, por la provincia de Santa Fe, por la política y la democracia. También sus temores, tal como escribe en la dedicatoria que nos hizo en su libro de 2003: «Para Eduardo y Cecilia por lo vivido en estos años en los que el peronismo no dejó de ser nuestro presente. Con mis mejores afectos. Darío». ❀

## ELEGÍA EN PROSA

NATACHA BACOLLA

Universidad Nacional del Litoral / Universidad Nacional de Rosario

Le pido a Juan José Saer un verso de su *Arte de narrar* para comenzar:

«Cada uno crea,  
de las astillas que recibe,  
la lengua a su manera  
con las reglas de su pasión...»

Y eso hace Darío Macor.

Vistos en perspectiva, estos más de veinte años que hemos compartido, en ese arte de narrar la vida, han sido largos y breves a la vez. Parecen muchos, o al menos nos pareció en febrero en la defensa de tesis doctoral, pero muy pocos en junio... Muchas imágenes vienen a mi mente cuando evoco su nombre y también una gran ausencia, un gran vacío, que sólo se reconforta en el calor del grupo de compañeros con los que junto a Darío y Susana, trabajamos a lo largo de tantos años.

Debo a Darío la confirmación de mi vocación de historiadora, cuando como alumna recorría las aulas de la Facultad de Ciencias Jurídicas y la de, ahora, Facultad de Humanidades. Lo conocí como investigador primero que como profesor; por intermedio de dos amigas entrañables: Elsita Ghio y María Delia Fernández (quienes me iniciaron generosamente en las lecturas de la sociolingüística, a raíz de las inquietudes que sobre el discurso jurídico y su performatividad había sembrado Jorge Barraguirre en un seminario que se dictaba para los estudiantes de Derecho). Les comenté a ambas mi intención de presentarme a ese nuevo programa de becas de iniciación a la investigación que proponía la universidad, las «cientibecas», pensando en ellas para mi dirección. Pero ambas me recomendaron por el tema hablar con Darío. Me pareció descarado, yo no había aún cursado su materia de la carrera de Historia, y en la «FaFoDoc» de 1991 (ahora Humanidades) era «la figura» de docente investigador. Igualmente, me arriesgué (casi lo escucho decir: «¡propio de usted Bacolla!»). Entre bares y el primer piso del viejo edificio de las calles 9 de julio

y Lisandro de la Torre –que era Extensión en ese entonces, creo– dimos forma al proyecto de mi primera investigación. Yo le había propuesto una de esos desmesurados planes que surgen cuando uno no tiene mucha idea del oficio: estudiar la prensa como actor en la década del 30... y en 18 meses... Pacientemente Darío, argumentando con esa voz tan característica ronca y pausada, le buscó la vuelta, a pesar de mi testarudez. Lo nacional se volvió regional, la prensa se volvió cuatro periódicos, la década dos años: 1930 y 1943, el trabajo de archivo tomó entidad frente a mi delirio teórico –con las fichas y la fotocopidora manual que usábamos por aquel entonces–. La discusión y lectura del libro de Beatriz Sarlo *Modernidad Periférica*, es una de las escenas de ese momento que quedaron grabadas en mi mente. También el texto de Sidicaro sobre las editoriales de *La Nación*.

La «cientibeca» salió, sin asignación de estipendio, y allí estuvo Macor para reclamar y conseguir un espacio para las Ciencias Sociales en ese programa que, hoy en día está consolidado en la UNL pero que a inicios de los años noventa eran primeros y difíciles pasos. También participé a partir de allí en los avatares de los primeros proyectos de investigación (CAI+D), los inicios de la Revista *Estudios Sociales*, a los que asistí como una simple e impresionada estudiante, viéndose enfrente de los «nombres que había leído». No voy a olvidar la primera vez que vi a Juan Carlos Portantiero en la presentación de la revista. En ese momento tal vez no comprendía, la importancia de esos espacios, a los cuales certeramente Darío les dio una textura en la Universidad del Litoral. Esos combates por las políticas académicas lo apasionaban, y creo que la calidad de nuestra *Estudios Sociales* testimonian la visión macoriana: construir desde los «espacios extracéntricos», a partir del trabajo académico serio pero no por ello encerrado en la torre de cristal, sin descuidar la constitución de un colectivo y una red. El premio recibido en 2004, certifica en parte este dato.

Luego de estos episodios entre 1991 y 1992, lo conocí como profesor. El cursado de sus materias para mi fue una experiencia increíble, formalmente iba de alumna, pero muchas veces «me chicaneaba» con alguna lectura que ya habíamos hecho previamente: el texto de Chiaramonte sobre *Nacionalismo y Liberalismo*, los artículos de Hilda Sabato sobre participación política a fines del siglo XIX, los de Waldo Ansaldi sobre la «oligarquía» o el proceso de construcción del Estado nacional, los de Luis Alberto Romero sobre los sectores populares, los trabajos de Ricardo Falcón, o *Positivismo y Nación* de Oscar Terán. Allí conocí a Bernardo Carrizo, con quien hemos tejido una gran amistad, derivada en parte

de la mutua participación en el «mundo macoriano», al cual se incorporaron otros entrañables amigos. De esa época también data mi encuentro y perdurable relación con Eduardo Hourcade. La ocasión fue doblemente instada por Darío: Eduardo, amigo rosarino como decía Macor, llegaba por su invitación a dictar un seminario sobre Ricardo Rojas; pero además en el marco de la puesta en marcha de las nuevas improntas que supo acompañar en el reformado plan de estudio del profesorado, que reforzó los espacios de seminario y la implementación de la licenciatura. Una apuesta al menos a reforzar el magro perfil de investigación que había en la facultad en esos días.

A los pocos meses de recibida, me presenté a uno de los concursos internos que se habían abierto en la misma casa de estudios —detrás de los cuales también había estado Darío, con su idea de abrir las estructuras de cátedra, que hasta ese entonces, salvo en unas pocas, eran unipersonales—. Ingresé de ese modo como JTP en la cátedra de Historia Europea Contemporánea, en la cual hoy día soy profesora ordinaria. Para ese momento yo ya estaba instalada en Rosario, donde había retornado y comenzado mi maestría en la sede que allí funcionaba de FLAC-SO. En el calor del verano de 1997, viajando entre Santa Fe y Rosario —enterándome de la agradable novedad de Tiago— le traje a Macor otra idea descabellada: la presentación a la convocatoria a las becas de «Formación de Posgrado», de CONICET, con un plazo de cierre perentorio. Allí tracé el segundo foco temático que hemos compartido: el del peronismo en el interior del país. Mi deriva coincidía con la suya pero no era en la misma clave. Mis pequeñas incursiones en los treinta y tempranos cuarenta me habían mostrado una red de agencias del estado provincial que aparecían como claves para la construcción del peronismo local y que luego aparecerían reivindicadas como construcciones ex novo por el peronismo. Siempre he seguido con esa fascinación por el enigma estatal, Darío por la textura de la sociedad.

La beca de CONICET y luego aquella con la cual terminé el doctorado en mi otro ámbito, la Facultad de Ciencia Política de la UNR, trajo la confirmación de la figura del maestro, acompañando no sin críticas ese nuevo objeto que abordaba, la *Revista de Economía Argentina*. También me hizo partícipe de la fraternidad de sus amistades, la de César Tcach, Hugo Quiroga, Ricardo Falcón, Eduardo Hourcade. La contención cálida y respetuosa siempre fue un sello distintivo: las llamadas imperativas por teléfono con su inconfundible voz: «No se pierda Bacolla», la palabra justa ante la ansiedad en la participación desde las primeras

*Interescuelas* en Comahue –en la mesa de César Tcach y con Luis Alberto como público–, o en los últimos años cuando llevaba a discutir mis capítulos de tesis frente a Eduardo Zimmermann y Mariano Plotkin en el IDES.

Con esa claridad, no libre de enigmas, me hizo y hace partícipe de sus empresas: *La invención del peronismo en el interior del país*, algunos artículos conjuntos sobre la década del treinta, algún capítulo para señal Santa Fe, la formación de sus jóvenes discípulos, un proyecto editorial que aún discutíamos por escrito en junio... Con Darío (y Susana debo decir) aprendí el oficio. La relación discipular que supimos construir hizo más asequibles las oportunidades que ellos no tuvieron, en el escenario terrible de la última dictadura.

Por eso no sólo me enseñaron el oficio, también el compromiso público que implica y el trabajo colectivo. Macor es un académico pero también un hombre político y sobre todo cívico. La experiencia de la Alianza en 1999, nos encontró debatiendo y aún recuerdo una mesa compartida con Chacho Álvarez, en lo que hoy es el Foro de la UNL; pero sobre todo las esperanzas del Frente Cívico y Social en la provincia movilizó su aguda comprensión de la historia y de la política, su compromiso republicano y con el mundo de las ideas y convicciones de la tradición socialista. Su posición era consecuencia directa de aquella inquietud académica, que estaba detrás de cada tema de investigación: el enigma de la cultura política argentina.

Tal vez no acuerda demasiado con los homenajes, aunque sean sinceros. Lo ampuloso no era lo suyo, y como dijo el Turco Alaniz cuando nos despedimos, lo veo aquí parado a un lado, con sus manos en los bolsillos, caminando hacia un lado y el otro, con una sonrisa descreída. Pero podemos decir que comprendió muy bien el arte que necesita el oficio de historiador de lo político. Historia que, como reza un pequeño pero magnífico librito de Pierre Rosanvallon:

«(...) no sabría desentenderse del mundo y encerrarse en un recinto preservado pero inaccesible a los movimientos de la vida. Por el contrario, su ambición es descender a la arena cívica y aportar allí un suplemento de inteligibilidad, un aumento de la lucidez».

No es un adiós, sino la renovación de una permanente virtual presencia. Salut al maestro, al amigo. ✎

## LA FORTALEZA DE LA PALABRA PÚBLICA

BERNARDO CARRIZO

Universidad Nacional del Litoral

«Al intervenir en el debate o al suscitarlo, el intelectual público suele valerse de su competencia en alguna disciplina, pero pretende una comunicación que no se limite a sus colegas ni al campo disciplinario al que pertenece. La democracia es su ambiente propio».

*Carlos Altamirano*<sup>1</sup>

En el camino de la experiencia comunicacional, para aquellos que hacemos de la escritura parte de nuestro oficio, la página en blanco se presenta como una perseverante compañera. Nunca resulta sencillo el diseño de un texto, y más todavía cuando el mismo hace referencia a quien ya no está. Y así como el complejo arte de escribir se aprende con su ejercicio, la dedicación y la paciencia, un texto que pretende evocar a Darío Macor se puede experimentar sólo en esta única circunstancia.

¿Qué es un intelectual? Pregunta que remite indudablemente al universo sartreano y que no deja de ser un aspecto constitutivo del lugar que Darío ocupó en Santa Fe, ciudad que en varios de sus escritos definió como de «modernidad aldeana», y cuyos rasgos –si bien los pensaba para los años 30 y 40 del siglo XX– observaba con preocupación aún vigentes en tiempos más cercanos. Pero la pregunta de referencia también se instala en una institución en la que depositó gran parte de sus energías, preocupaciones, iniciativas y proyectos: la Universidad pública, y en particular la Universidad Nacional del Litoral (UNL).

El lugar de Darío en la vida universitaria se desplegó en diferentes planos. Primero, luego de 1983, al rendir la última materia de su carrera de grado y, posteriormente durante la «normalización» de la UNL. Ese proceso le brindó las condiciones para el acceso a la docencia universitaria de la mano de los concursos. De esa manera, con su título de Profesor en Historia y una muy completa y compleja biblioteca en su mochila –construida durante esa «universidad de las

<sup>1</sup> Carlos Altamirano, *Intelectuales. Notas de investigación sobre una tribu inquieta*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2013, p. 11.

catacumbas» inaugurada durante los años del segundo peronismo y consolidada durante el imperio del terror—, asumió el desafío de competir por la titularidad en las cátedras de Historia Institucional Argentina de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales (FCJS), y de Historia Argentina II de la Facultad de Formación Docente en Ciencias (FaFoDoc), hoy Facultad de Humanidades y Ciencias (FHUC).

El acceso de Macor a la titularidad de las cátedras mencionadas implicó no sólo el inicio de su carrera en la docencia, sino también el desafío de construir equipos de trabajo, tradición que había enflaquecido en la FCJS y que tenía una casi nula presencia en la FaFoDoc. Consideraba a las cátedras como ámbitos colectivos, de construcción de cuadros académicos, con un profundo respeto a los ritmos, matices y potencialidades de cada uno de los que tuvimos la oportunidad de formarnos acompañados por su generosidad. El ejercicio de la docencia, en esa universidad en pleno proceso de renovación académica, era además una oportunidad para colocar en discusión algunas de las ideas que animaban sus hipótesis de trabajo y las complejas articulaciones —observables también desde sus primeros artículos— entre diversos referentes de la historiografía, siempre en diálogo con problemáticas vinculadas a la historia social, la historia política, y lo que comenzaba a denominarse historia de las ideas, con particular énfasis, sobre las diversas cuestiones que se relacionaban con la experiencia democrática en Argentina.

Incentivar la investigación a través de programas y proyectos presentados en las convocatorias enmarcadas en el Curso de Acción para la Investigación y Desarrollo (CAI+D) fue para Macor la oportunidad para fortalecer el otro perfil del docente universitario. La articulación con pares provenientes del amplio espectro de las Ciencias Sociales, la incorporación de auxiliares de docencia y de los primeros «cientíbecarios», en dicha tarea resultaron imprescindibles para la consolidación de líneas de trabajo sobre diversos temas de la historia política provincial, un terreno que mereció su permanente atención. En este sentido sus libros y artículos sobre los años 30 —la experiencia demoprogresista en Santa Fe y el bloque de poder que se conformó por esos años a nivel nacional— y el peronismo —al que definía como una particular forma de ejercicio de la dominación política organizada como respuesta excluyente a la lógica de conseguir, acumular y preservar el poder— son manifestaciones de aquellas inquietudes.

La articulación entre docencia e investigación aspiraba, entonces, a construir un «nosotros» —expresión muy usual en Darío hasta cuando hacía referencia a emprendimientos e iniciativas que lo tenían, en varias oportunidades, como autor exclusivo— en el ámbito académico. Esta apuesta a lo colectivo puede observarse en

obras que lo tuvieron como editor junto a César Tcach o Susana Piazzesi y en las que participaron investigadores –algunos consagrados y otros en los primeros tramos de su formación– de diversas universidades. En este tipo de empresas editoriales, merece destacarse su dirección de *Signos Santafesinos en el Bicentenario*, monumental obra que se publicó en 2011. *Signos* cristaliza su visión sobre cómo articular un campo académico conformado por la UNL y la UNR, las posibilidades que brinda un momento conmemorativo desde una experiencia gubernamental, junto a la difícil tarea de la divulgación del conocimiento sin disminuir su complejidad.

La institucionalización de espacios de producción y sociabilidad académica que se situaran más allá de las cátedras dio lugar a la creación del Centro de Estudios Sociales Interdisciplinarios del Litoral (CESIL) del que fuera su primer director. El CESIL fue uno de los primeros institutos que se organizaba a partir de la investigación como núcleo y generó, a mediados de los años 90, la serie editorial *Temas de Humanidades* que abrió el camino para que los investigadores del CESIL e invitados externos dieran a conocer sus trabajos. De esta manera se hacían públicas las producciones académicas y la FaFoDoc, a través de su Secretaría de Extensión, comenzaba a recorrer el camino de la labor editorial a partir de sus propios docentes-investigadores. Esta experiencia tenía un antecedente. Desde 1994 el Programa de Estudios Interdisciplinarios de Historia Social (dirigido por Darío) aglutinaba los avances de investigación de los proyectos acreditados ante la Secretaría de Ciencia y Técnica de la UNL. Desde ese ámbito, investigadores de diferentes unidades académicas que mantenían vínculos con diversas áreas temáticas de la historia social, difundieron sus avances mediante la serie *Documentos de Trabajo*.

Los numerosos proyectos editoriales que tuvieron a Macor como un impulsor son en parte simultáneos a la generación del mayor de ellos que, en el campo de las Ciencias Sociales, ha protagonizado la UNL desde 1983 a esta parte. Nos referimos a *Estudios Sociales*. Publicada a partir del segundo semestre de 1991 es hoy una de las revistas de mayor reconocimiento, lo cual expone que el horizonte académico de Macor no se restringía a Santa Fe ciudad o provincia, sino que se instalaba en el campo más amplio de circulación de ideas, debates y producciones que convocaba historiadores, sociólogos, politólogos, economistas, filósofos... Con la dirección de Macor, un Consejo Editorial, un Consejo Asesor y una Secretaría de Redacción que reúne a figuras de indiscutible legitimidad académica, junto a un banco de evaluadores de fuste, otorgan a *Estudios Sociales* una calidad inobjetable reconocida en nuestro país como en el exterior.

A su ya mencionada actividad docente y su condición de investigador, primero categorizado en UNL y luego con su ingreso al CONICET como investigador independiente, se sumaba su participación en los espacios políticos de la vida académica. Miembro del Consejo Directivo de la FHUC, Director del Departamento de Historia de la misma unidad académica y Consejero Superior, estas experiencias le permitieron pensar la universidad no sólo como el ámbito de producción del saber sino como institución política. Macor sostenía la imprescindible fortaleza de la política en la vida universitaria y, precisamente, las diversas iniciativas que hemos expuesto dan cuenta de esta perspectiva. Ese vínculo complejo entre el intelectual y el político, tuvieron en Darío a un protagonista inobjetable. Sus intervenciones como panelista (en diálogo con historiadores, politólogos y sociólogos), conferencista, comentarista, evaluador, disertante en diversos ámbitos universitarios pero más allá de ellos (a través de la prensa, la radio, la televisión), exponían esa necesidad de instalar ideas, interrogantes, preguntas novedosas y conclusiones que generaban la erosión de representaciones, saberes instalados y prácticas rutinizadas sobre las que ya no se reflexionaba con clarividencia.

Las herramientas teóricas de la disciplina histórica le permitieron a Darío una mediación necesaria para el análisis de la inmediatez del presente y respecto de los interrogantes en torno del decurso de la experiencia democrática en la Argentina moderna y contemporánea. Instrumentos conceptuales como *red interpartidaria*, *modernidad aldeana*, *tradición patricia* y *tradición del comité*, *peronismo periférico* o *extracéntrico* son ejemplos de un esfuerzo teórico de interpelación sobre la política y lo político que ponía el acento sobre la historia regional, pero sin dejar escapar la oportunidad de instalar las saludables tensiones respecto de las interpretaciones nacionales.

Concluir este breve texto es también una forma emotiva de despedida y quizás una experiencia de madurez. Innumerables charlas en bares o en su casa, con mates o cafés de por medio, son un tesoro cuyo valor es inconmensurable y que muchos podremos seguir rememorando. Un intelectual cuya calidez podía siempre observarse en su tono, mirada, ironía y gestos. Ese esfuerzo constante por hacer público su pensamiento era una forma de expresar su sensibilidad por las problemáticas del presente, a los cuales interpelaba desde su atenta mirada como historiador. Esa fue la forma de hacer política que Darío construyó y contribuyó a construir en democracia. Hablar y escribir, sugerir y preguntar, proponer y muchas veces esperar los resultados, incluso, aquellos que no le agradaban pero que igualmente sabía interpretar. Sus intervenciones tenían una fortaleza que sólo los necios podían dejar de escuchar. ❁

## UN HOMBRE LIBRE

MARCELINO MAINA

Universidad Nacional del Litoral

Desde mediados de los años ochenta, ganando concursos en el escenario de la compleja normalización universitaria y consolidando su trayectoria tanto en Santa Fe como en Rosario, Darío definió un lugar y construyó desde ahí un extensa y sólida empresa intelectual. Los trabajos fundamentales sobre los años 30, los libros imprescindibles sobre el peronismo, las intervenciones siempre lúcidas y profundamente innovadoras sobre varios temas de la historia política y la historia de las ideas son solamente los más claros ejemplos de las múltiples inquietudes y las profundas indagaciones que recorrió con solidez, talento y esfuerzo.

Esa mirada remitía a un compromiso madurado a partir de la experiencia, de la exigencia y de la biblioteca, y un compromiso intelectual soldado a la indagación de los *patios internos de la democracia*.

Seguramente la revista *Estudios Sociales* es desde los primeros años de la década del 90 uno de sus más persistentes esfuerzos donde la capacidad de gestión y la lucidez en la convocatoria la ubican como una de las más prestigiosas y duraderas experiencias de producción editorial en el campo de las Ciencias Sociales, lugar que no habría llegado a ocupar sin su impulso constante.

Lo conocí en una mesa de examen de Teoría Económica en la vieja Facultad de Formación Docente en Ciencias, estaba visiblemente aburrido, se paraba, salía y volvía. Después fui su alumno, de alguna manera lo seré siempre, y luego trabajé con él en sus cátedras, en algunos de sus proyectos. Pero también tuve la fortuna de conocerlo en esos rasgos más reservados que terminaban de definir esa personalidad subyugante pero no invasiva, vital, compleja. Nunca parecía apurado, aunque siempre estaba en movimiento; no necesitaba del uso del imperativo para ser claramente un *conductor*, nunca distante ni indolente; fue un *arquitecto de oportunidades y de proyectos* que instalaba con *firmeza* y con *argumento*. Es un dato conocido por todos su distancia ante los aplausos y la exhibición sin sentido, junto a su firme trabajo por consolidar aquellos lugares que reforzaran sus horizontes más caros: el académico, sobre todo, y el político.

Lugares alcanzados a partir de su convicción de entenderse como un *intelectual* y no resignar un ápice esa condición, construida apretando los dientes y curtiéndose la piel con la sola defensa de su *biblioteca* y de su capacidad deliberativa.

Darío era Macor hasta cuando no estaba. En su ausencia, aparecían sus frases, sus argumentos o la pregunta acerca de qué reflexión propondría; estaba siempre no por su intención de sobresalir, sino por su *excelencia*, de tal manera que muchos lo llamaban «doctor» buscando de alguna manera poner medida a su talento. En varias oportunidades confirmé esto, sea en algunas de las facultades de la Universidad Nacional del Litoral, en congresos de la especialidad o en ámbitos de participación política. Darío era Macor, y se lo citaba a partir del común convencimiento de que sus intervenciones conducían necesariamente a pensar con mayor complejidad.

Como *docente* daba clases sentando a su lado a los grandes de las Ciencias Sociales y promoviendo un trabajo cruzado que convocaba desde lo temático y desde los procesos de construcción del campo historiográfico y de indagación política. Cuando lo escuchaba como alumno, o años después al compartir alguna reunión de investigación, era un ejercicio considerable que se completaba, casi paradójicamente, con una forma de plantear la *exigencia* casi imperceptible.

Si era un *orador completo* a la vez *escribía* con sello propio, replicando en su fraseología su sofisticada manera de indagar la Historia.

Era *curioso*, su rasgo más arrollador, preguntaba siempre, sobre temas cotidianos o sobre cuestiones importantes. Darío sorprendía, me sorprendía casi a diario: generaba espacios de intercambio, promovía estudiantes, incentivaba el trabajo y, a la par, decía «decidan con la libertad que puedan tener, que ustedes saben que nunca es mucha ni la que uno quiere».

Su último mensaje es breve pero inolvidable, dice simplemente: «disfrute, disfrute». Con el tiempo me doy cuenta que procuró siempre mantener ese horizonte: el de combinar su trabajo cotidiano, por momentos incansable, con la necesidad de la alegría y del deleite; evitando tanto los consensos complacientes como las simplificaciones pero sin apostar por el pesimismo.

Darío marcó de manera indeleble la construcción del campo académico santafesino, trazó un umbral de altísima exigencia frente a la producción historiográfica, instaló varios de los temas centrales de producción de una experiencia política provincial que procuró ser solidaria con un ideal democrático denso. Pero a todo lo anterior Darío lo acompañaba con su risa franca, su templanza y su valentía.

Me quedo con eso último, quizás con lo que más voy a extrañar. ✎

## EL ENCANTADOR DE SERPIENTES

FRANCISCO J. REYES

Universidad Nacional del Litoral / CONICET

Un viejo adagio afirma que cuando el discípulo esté preparado, el maestro aparecerá. En este caso, éste ya estaba allí y el primero no había recibido aún las últimas heladas necesarias para su maduración. En esta convocatoria a dejar plasmado en el papel una evocación sobre Darío que incluyera como lectores a terceros, hemos intentado dejar de lado los fantasmas de la hagiografía y la autorreferencialidad. Es así que se reveló como la mejor opción el dejarse llevar por los recuerdos, que fluyeron desordenados, confundidos entre sí, casi sin permiso.

Perdí el temor reverencial que me generaba su presencia recién en los últimos años, precisamente cuando nuestro vínculo nos acercó, paralelamente, en facetas más estrechas que las estrictamente académicas. «Debe ser una cuestión generacional», dijo alguna vez con mirada suspicaz ante una broma en medio de un panel. Sin embargo, antes y después de este acercamiento, la imagen que me fui forjando de Darío (y, fuerza es decir, me sigo forjando) fue tomando forma a partir de esos retazos que son las anécdotas de terceros acerca de una personalidad que se resistía a ser simplificada a mi imagen original.

Siempre me llamó la atención su curiosidad casi infantil. Un libro en la mano, un comentario al pasar, un simple gesto, podían despertar un interés que uno consideraría desmedido si no hubiera venido de él. Esa curiosidad era tanto la necesaria en cualquier intelectual, como también la de un hombre que mantenía la capacidad de sorprenderse y no saberse ingenuo por ello.

Ahora la otra cara de esa curiosidad. Cada clase, cada panel, cada conferencia a la que lo seguíamos –porque efectivamente lo hacíamos, en las Facultades de Humanidades y Ciencias y de Derecho, en el Foro Universitario, en el Museo de Bellas Artes y vaya a saber dónde más– e incluso cada conversación, contenía una provocación, en la que casi siempre el saber y la política (o el saber de y sobre la política) venían de la mano. Darío dejaba deslizarse en sus intervenciones lo que él llamaba para otros «joyitas», pequeñas perlas, comentarios filosóficos que podían

pasar desapercibidos si uno no se percataba de que allí se encontraba el nudo de sentido de toda su alocución, y para lo cual el relato que construía oficiaba de excusa. Aquí radicaba una de las que considero sus principales virtudes como docente, o al menos la que más me ha marcado de su figura: una oratoria digna de un encantador de serpientes.

Forma y contenido iban de la mano para enhebrar una argumentación que lograba allanar el camino para un remate con una de esas «joyas», esas frases que quedan grabadas como aserciones que parecían encerrar un núcleo de verdad, pero nunca desprovistas de un mensaje político más o menos evidente. Dicho mensaje nos llevaba, como alumnos de grado en la facultad de Humanidades al otro lado del río, a intentar rastrear su mundo de referencias político, el cual era tan amplio que las más de las veces nos hacía irnos de cada clase con una impresión diferente. En ese sentido, la panoplia de signos y sentidos desplegados hacía elusiva cualquier reducción de su pensamiento. Todo lo cual volvía más interesante aún el encuentro siguiente, en donde la búsqueda comenzaba una vez más.

Con Darío conocimos en esas clases las grandes producciones historiográficas que aún constituyen las interpretaciones más sólidas del conocimiento social y político sobre nuestro país. Gran parte de esas lecturas, con algunas destacadas excepciones, eran las de mujeres y hombres de izquierda que se vieron sometidos en los años de dictadura al exilio interno y externo, la llamada «universidad de las catacumbas» o «de las sombras», en la que él mismo de alguna manera se había formado, y donde el valor de la democracia emergería como el eje fundamental y precondition para pensar cualquier forma de saber y poder. Los aportes de autores como Beatriz Sarlo, Juan Carlos Portantiero, Juan Carlos Torre, Carlos Altamirano, Hilda Sabato, Guillermo O'Donnell (la lista es extensa), eran presentados en sus clases con el correspondiente debate político e historiográfico al que habían dado lugar en los años de su aparición.

Ahora entiendo que ello implicaba una buena dosis de honestidad intelectual de su parte, una forma de argumentar la elección de interpretaciones que, no por privilegiadas, se constituían en las únicas. Esa panoplia de voces que Darío tiraba generosamente sobre la mesa, sin viso alguno de soberbia intelectual de su parte (pese a que su intelectualidad sí lo era), constituía la famosa «biblioteca» que estaba necesariamente detrás de un historiador que nunca dejaba de reflexionar sobre las implicancias de su disciplina, pero que también supo sazonarla con los aportes de la Sociología y la Ciencia Política.

Por supuesto, buena parte de esas interpretaciones giraban en torno a ese gran disparador de temas y problemas políticos e historiográficos que es el «enigma peronista», como lo denominaran junto a César Tcach en la célebre introducción a *La invención del peronismo en el interior del país*. Pero esa reivindicación de ciertos autores no implicaba en Darío pleitesía, de allí que nos sorprendiera alguna vez afirmando que «el mejor historiador sobre el siglo XIX argentino no llegó a comprender el problema fundamental del siglo XX», aunque muchos no supiéramos entonces —y seguramente ahora tampoco— a qué se refería bien con ello. Ese constituía otro rasgo de sus intervenciones: sus aserciones parecían ser reflexiones en una cerrada voz alta que eran puestas a prueba de forma cautivante frente al curso. Es decir, la contundencia de esos enunciados forzaba a quienes los escuchábamos a descifrar los supuestos que lo sustentaban, al «dejar picando» semejantes frases que uno anotaba entrecomilladas en el cuaderno de clases.

Pero la academia (como mi director de una beca del CONICET todavía en curso) y la política (con la cual intentaba seducirme desde la cultura política socialista) nos llevaron a estrechar vínculos que se fundarían cada vez menos en esos dos cimientos. Por mi parte, sentía antes, y siento en estos momentos, que me había tomado cariño, lo cual era recíproco, porque yo había pasado del respeto y la admiración a esa instancia superior. Y si bien la charla franca estaba garantizada desde el vamos, con un mate o una cerveza de por medio, en su casa junto a Susana o en el bar, escucharlo hablar o querer interrogarlo impacientemente para arrancarle opiniones era infinitamente más interesante que la propia opinión. Ocurre que, como antes en la tribuna de la cátedra, su palabra seguía siendo cautivante. En efecto, ya disipado el temor reverencial de antaño, ahora el sentimiento que primaba era la necesidad de aprovechar al máximo el tenerlo al alcance de la mano. Muchos se habían formado con el maestro, ahora compañeros de ruta y amigos, contribuyendo a tallar esa imagen de él, aún en construcción, porque los testimonios siguen apareciendo en cada congreso, en cada correo, en cada comida de quienes tuvimos contacto con Macor. Esta última designación no es banal. El uso del apellido también era la marca distintiva de un cariño que sabía suministrar en dosis poco disimuladas. Y quienes tuvimos la suerte de tratarlo lo sabemos bien.

Luego tuve el raro privilegio de conocer *in situ* aquella biblioteca (la que recuerdo encabezada por la fotografía de una famosa manifestación socialista), aunque seguramente muchos volúmenes habían quedado en el camino, entre escondites, préstamos, pérdidas y mudanzas. Creo que pocas situaciones pueden generar la

admiración de alguien con veleidades bibliófilas como el tener frente a frente los anaqueles de su mentor. Entiendo también ahora que, por efímero, ese privilegio se hace todavía más relevante. Precisamente en nuestro último encuentro, un libro fue la perfecta y egoísta excusa para sitiar su plaza y hacerlo capitular por la fuerza. Poco antes nos habíamos reunido con un tercer amigo y allí intuimos que comenzaba a despedirse. Su voz ya no era la misma, pero nos seguía encantando.

Ante su ausencia, siento que su apoyo nos inyectó una enorme dosis de confianza, pero, asimismo, una libertad que entraña una gran responsabilidad. «Apúrese que lo va a alcanzar la madurez» me dijo hace no tanto. Cuántas heladas faltan todavía para ello. Cuánto se extraña ese apoyo que nos dio. Sólo nos queda asumir esa responsabilidad con cariño y alegría. Porque en el recuerdo, y para bien de nosotros, esa voz, con su encanto, seguirá resonando. ✨